

Últimos días de Cartago

Continuación

X

Una de las personas que con mayor interés había venido estudiando la serie de temblores iniciada el 13 de abril es el Doctor don Arturo Pérez Martín, Director del Liceo de Costa Rica, quien se encontraba accidentalmente con su estimable señora y familia en el Colegio de San Luis Gonzaga, durante la noche del 4 de mayo, no sólo porque las habitaciones del Liceo habían quedado inutilizadas desde los primeros temblores, sino porque el Doctor estaba organizando el Colegio, mientras llegaba de España el nuevo Director contratado por la Municipalidad de Cartago, don Alejandro Pérez Martín.

La impresión personal del Doctor Pérez

Martín, como testigo presencial de la catástrofe, es un documento de alta importancia histórica, que aunque, en algunos ligeros detalles, difiere de mis propias observaciones consignadas en artículos anteriores, pues cada cual tuvo, como es natural, diferente manera de apreciar el fenómeno, según las circunstancias de que estaba rodeado durante el momento crítico, no puede menos que formar parte de estas tristes RESONANCIAS, destinadas a transmitir a la posteridad el recuerdo de una espantosa desgracia, sin precedente en nuestro país.

Hé aquí el interesantísimo artículo descriptivo á que se hace referencia.

Crónica de una noche trágica

«Llegué á Cartago á las seis de la tarde del miércoles 4 de mayo y, terminada la comida, paseaba con mi esposa y con el menor de mis hijos por el claustro del Colegio de San Luis Gonzaga.

Hablábamos de la familia; tres días después llegaría mi hermano á encargarse de la Dirección del Colegio, y yo descansaría del improbable trabajo que me daban las clases de Cartago, la Dirección del Colegio y la del Liceo de Costa Rica, y de aquel ajetreo de ir á Cartago y volver á San José.

—¿Ha temblado en San José?

—Yo no he sentido. ¿Y aquí?

—En Cartago ha temblado fuerte dos ó tres veces.

—He tenido cablegrama de mi hermano: el vapor español en que llegará, acaba de salir de La Habana.

El niño corría delante y de cuando en cuando nos dirigía preguntas. Se iba haciendo de noche y la neblina bajaba á girones de las montañas y cubría poco á poco la ciudad.

De repente, un chasquido horroroso como el de la descarga de cien fusiles á cien metros de distancia, nos heló la sangre y con el instinto por única guía, los ojos fuera de las órbitas, sentimos llegar la

muerte sin que el corazón diera un latido de esperanza. Instantáneamente quedamos á oscuras, pues tardaría medio segundo en extinguirse la luz de los filamentos de las lámparas eléctricas. Muchas personas dicen que no sintieron más y que un solo golpe derribó á Cartago; pero no fué así, sino que el terremoto duró de catorce á dieciséis segundos durante los cuales, sin poder moverme del centro del patio, adonde debí saltar sin darme cuenta, con los brazos en alto y actitud de loco, yo ví y oí muchas cosas. Ví á mi hijo de dos años, arrebatado dos veces de manos de la sirvienta, ví á mi esposa derribada dos veces y venir por el suelo arrastrándose; ví ondular las fuertes columnas de madera del claustro y danzar las tejas en zig-zag antes de caer al suelo. Separados por intervalos de medio, de uno y de dos segundos, hubo de seis á siete trepidaciones que produjeron ruido de fusilería, y que debieron marcar los tiempos en que la ciudad cayó, pues los retumbos que se sintieron después, producidos en las cavidades volcánicas del Irazú ó por dislocación de capas internas, no eran nada semejante. El polvo que produjeron los escombros, formó una atmósfera de asfixia, que nos impedía ver, respirar y aun oírnos á voces; quizás era el terror lo que nos hacía hablar á gritos, pero mi impresión personal es que sólo podíamos vernos abriendo bien los ojos para que entrara á puñados en las órbitas el polvo amarillento pero á las pupilas algo de la luz difusa del expirante crepúsculo; que sólo podíamos respirar llenando la boca de sucios y secos penachos coigantes que secaban las fauces y que sólo á gritos transmitía el sonido aquella atmósfera de ladrillo molido. Cuando nos dimos cuenta de que vivíamos y nos contamos con la vista, la sirvienta gritó que mi hija había quedado en la cocina.

Atravesé á la carrera y en tinieblas el

largo del corredor que separa los dos patios, el de la casa del Director y el del Colegio, llegué sin respiración y me detuve perplejo ante escombros cuya presencia en medio del patio no me explicaba. Llamé á mi hija, me respondió, trepé y llegué á su lado. Asomaba su cabeza entre dos vigas, tenía el cuerpo cubierto de escombros y no podía salir.

—Abrazate á mi cuello, la dije, y haz un esfuerzo.

—Tengo un peso muy grande en las piernas y no puedo!

Se me partió el alma, pues pensé que tuviera quebradas las dos piernas.

—Espérate un momento, hija mía, á ver si puedo quitarte el peso. Quité unos adobes que había sobre su cuerpo y toqué madera, que separé con fuerza; ella se abrazó á mi cuello y la saqué con la cara sangrienta, pero ágil y seguramente sin gran daño. Tembló fuerte y rodamos abrazados; nos levantamos y corrimos, caímos de nuevo y llegamos al centro del patio:

—¡Lola salvada!, grité.

Y llegaron corriendo mi esposa y mi hijo, mi criada y diez alumnos internos del Instituto á quienes sorprendió el terremoto en el salón de estudios. Salimos á la calle y el otro hijo mío estaba en medio, llorando de terror pero ileso.

—¿Y el portero?, preguntó uno.

—En el piso alto, ¡que ha caído todo!

—¡Pobre Ignacio!

* * *

Tendimos la vista y apenas quedaban paredes en pie en el espacio que la niebla nos permitía distinguir. ¡Qué silencio!

También nosotros, mudos de terror, caminábamos callados. Un joven alumno nos guió á la plaza Iglesias y nuestra muda procesión parecía de fantasmas, pasando por la vereda estrecha que las casas caídas dejaban en el centro de las an-

tes espaciosas calles. En la noche del 13 de abril también habíamos llegado á aquella plaza. Pero ¡qué contraste! Ya no había las tertulias bulliciosas de señoritas que gritaban á cada temblor y con sus vibrantes voces argentinas nos enteraban de cómo habían salido, del susto pasado y de sus temores: ya no había aquellos grupos de niños cobijados entre sillas y cuyo sueño velaban madres amorosas; ya no se oía por las calles inmediatas el salmo lastimero:

Santo Dios,
Santo Fuerte,
Santo Inmortal. . .

La niebla no permitía ver sino pequeños grupos dispersos de cuatro á seis personas, en silencio; y sin decirnos nada, todos sentíamos el alma fría ante aquel silencio de muerte que hacía solemne la trágica noche. La ancha acera de la espaciosa plaza se levantaba á intervalos, en onda perceptible, y llorosos los ojos, en pie, me esforzaba en dar ánimo á los míos que, tendidos en el suelo con los brazos abiertos, imploraban piedad á la Virgen.

En aquellos momentos atravesó el espacio desde el zenit al Oeste una rátaga de fuego y un pequeño globo luminoso en que se deshizo, produjo un ruido como el de una palmada lejana. Era un bólido que, como después se supo, cayó al Oeste de Nicoya. Miré el reloj y eran las siete y veinte minutos de la noche; entonces calculé que el terremoto había sido media hora antes ó sea á las seis y cincuenta. Algunos relojes que quedaron en la ciudad sobre las paredes y que se pararon, permitieron saber que el terremoto fué á las seis y cincuenta y dos minutos.

Aquello no eran distintos temblores, sino un temblor continuo. Temimos que por instantes se abriera allí la tierra y nos tragase. Indudablemente en la plaza aque-

lla temblaba más fuerte que en todo Cartago, y dispuse que emprendiéramos la marcha otra vez hacia la parte Norte de la ciudad, rezando en silencio quien quisiera, en fila y con el ánimo sereno para hurtar el cuerpo si caía algunas de las pocas paredes que se sostenían. Atravesamos la plaza creyendo que por sitio distinto del que habíamos seguido habría mejor paso. El palacio que se construía á expensas de Mr. Andrew Carnegie para alojar la Corte de Paz de las Repúblicas de Centro América, estaba casi todo en el suelo y la verja que le rodeaba y que no tenía dos metros de altura, estaba arrancada de cuajo, desde su base. Las calles eran montón de tejas y maderos. Atravesamos muchas de ellas y no veíamos á nadie, ni oíamos ayes de heridos.

—¿Cuántos serán los muertos?

De cuando en cuando, una sombra atravesaba á lo lejos. Ante nosotros pasó una negra, con una cesta pequeña al brazo, cantando á media voz en inglés, una tonada alegre. Miramos con lástima á la pobre loca, pero ni un comentario asomó á nuestros labios.

Llegamos á la estación del ferrocarril y ayudamos á un norteamericano á abrir un vagón del ferrocarril que me pareció excelente refugio para la familia.

* * *

¡Noche eterna! ¡Lóbrega noche!

No se oía nada! Una pobre madre rogaba á cuantos pasaban, que eran pocos, que quitase cada cual una sola piedra.

El espíritu quedó inerte é insensible. Llegaban noticias de muertos: el poeta Rafael Angel Troyo, agonizante en el kiosko del parque; muertas la señora é hija del doctor Bocanegra, Magistrado por Guatemala en la Corte de Justicia; muertos el profesor del Colegio don Jesús Pacheco, y tantos amigos y conocidos, familias enteras, niños y adultos, los

enfermos del hospital, padres salesianos, monjas de la caridad. En el corazón no cabía tanto dolor, y ya la muerte no arredraba, ni la dicha de haberse salvado era alegría.

Sin agua para lavar la herida de mi hija, sin poder pensar en médico ni medicinas, la vendé la cabeza con un pañuelo.

Esperaba el amanecer con ansia y con terror. Ni por un momento dudaba que San José estaría también destruído puesto que los temblores del día 13 habían sido de igual intensidad en ambas capitales y pensé en el hambre que nos esperaba al día siguiente y en huir, línea férrea adelante, del saqueo y violencias que traería la mañana, en busca del puerto.

A las tres de la madrugada llegaron ginetes con la consoladora noticia de que San José estaba en pie, con las casas destrozadas en su mayoría pero con su población animosa y sana, que venía á socorrernos.

* * *

La luz del día permitió apreciar la magnitud de la catástrofe. Empezamos á ver gente conocida. La historia de mi hija era la de la mayoría de las familias. Lo maravilloso era que se hubieran salvado tantas personas.

Yo creí, me decía un catedrático, que el terremoto me había lanzado de mi asiento á la calle, por la puerta: al alborocar he visto que salí por las paredes; el portero del Colegio á quien dábamos por muerto, se agarró á un madero, cayó con el piso y no sabe como no tiene ni un rasguño. Los salvados bajo una mesa, en el quicio de una puerta, son innumerables. Es posible que la clase de construcciones, unas enormemente sólidas y otras fácilmente elásticas, diera tiempo á muchos

de salir ó que la caída de las paredes fuera lenta; es posible que por la poca altura de las casas el terremoto lanzara los materiales con poca violencia; quizás las casas cayeran en seis ó siete tiempos por mí percibidos como descargas de fusilería. Un barrio entero, cata, dice un testigo, como las casas de naipes, recibiendo cada una el impulso de la otra ó por una onda de poca velocidad que se veía caminar.

* * *

Se piensa en reedificar á Cartago.

Los hijos de Cartago son inteligentes, sobrios, tercos y serenos; son los mismos castellanos viejos trasplantados á América y con los mismos vicios y virtudes conservados por condiciones del suelo jugoso y del clima fresco que fortifica el músculo y templá el alma:

¡Ah, castellanos viejos, tercos y serenos!

¡Oh manes de Vázquez de Coronado!

En la ciudad por tí fundada, destruída tres veces, encarnó el alma serena de los campos de Castilla; esa alma serena y solemne que cantó Gabriel y Galán en estrofas de oro.

¡Oh Cartago inmortal! ¡Ni tu volcán bravo, ni tus cavernas de falsa base, pueden quebrar el temple del alma de Castilla!

¡Noche trágica! ¡Cartago inolvidable! ¡Que la catástrofe haya templado el alma de mis hijos para esperar serenamente la muerte ante la bravía naturaleza y para resistir con entereza las borrascas sociales y las desdichas de la vida!

ARTURO PÉREZ MARTÍN

San José, Costa Rica, Junio de 1910.»